

# Violeta Vieja

DALTON OSORNO

**L**a mañana que Violeta pugnaba por levantarse, pudo comprobar que había envejecido. “Tanto me ha menoscabado esta senescencia”, dijo y se aferró a la degolladura. “Señor mío, para qué esta duración?” Jamás imaginé que los años repicarían para vivir con los nietos de mi hija en tierra lejana. Nadie estaba para ayudarla. Repasó la habitación donde yacía: el ventanal humedecido por la lluvia del invierno, la persiana filtraba la luz matinal; el espejo del armario reflejaba parte del cubículo: el rosario de Tierra Santa, retratos al óleo de sus hijos: Rocío y Néstor, fotografías de sus nietos: Susana y Rafael, una postal de sus bisnietos con Papá Noel: Mía, Lily y Liam, el Calendario Franciscano 2020, una acuarela descolorida, la poltrona, la bicicleta estática que pocas veces montó; el semanero donde guardaba alhajas, prendas íntimas, amuletos, cuentas, un álbum musical con los acordes de La

Bohemia, cartas, su diario, fichas y los libros de enseñanza: Elementos de Geografía de Josefina Passadori; Historia animada del Ecuador de Óscar Efrén Reyes; El Ecuador de Eloy Alfaro de Alfredo Pareja Díez-Canseco; sobre el velador: medicamentos, dos pares de anteojos que extraviaba siempre, una pócima de valeriana, pasiflora, mejorana y ruda para alargar el sueño y el control de la tele. Necesitaba llamar por ayuda, pero un nudo invisible ahogaba sus palabras y menguaba sus fuerzas. “Caray, el precio de la vejez”, decía y aguardó el apoyo con paciencia que jamás había tenido porque fue una tolvenera en sus quehaceres. Llegaron sus hijos y la levantaron. “No estoy renegando de esta doble peste”, murmuró y fue al baño, luego al comedor y desayunó algo de la dieta prescrita, retornó a la recámara refunfuñando, ya arrellanada en la poltrona preguntó dónde estaba: “Guayaquil o Wharton” y comenzó a columbrar. Diantre, necesito recordar para no desquiciar y morir, porque la guadaña no viene llegando con los años, sino con el olvido que es la misma parca. Afirmen que quien está perdiendo la calamorra debe procurarse una de tinta en papel. Yo, he tomado este cuaderno de apuntes de mi hijo para borrar los tráfos de la mía. Cicerón dijo: “El que sufre tiene memoria”, trataré de contradecirlo y haré una fiesta con mis memorias. Ahora veo, entre dormida o despierta por el potingue para la vejez: maletas, abrigos, pasaportes y la caminadora. Fuga aérea de la muerte para la vida en tiempo de COVID-19, que mata al mundo por millares diariamente. Estoy perdiendo retentiva y vitalidad, empero, sacaré fuerzas para viajar y contarle a mis bisnietos en Wharton que hubo un tiempo en que convivíamos sin miedos, cuarentenas, matasanos, colas para pábulo y fármacos, vestiduras con visores, tapabocas, manoplas, zapatones... ¿salvación u óbito!?